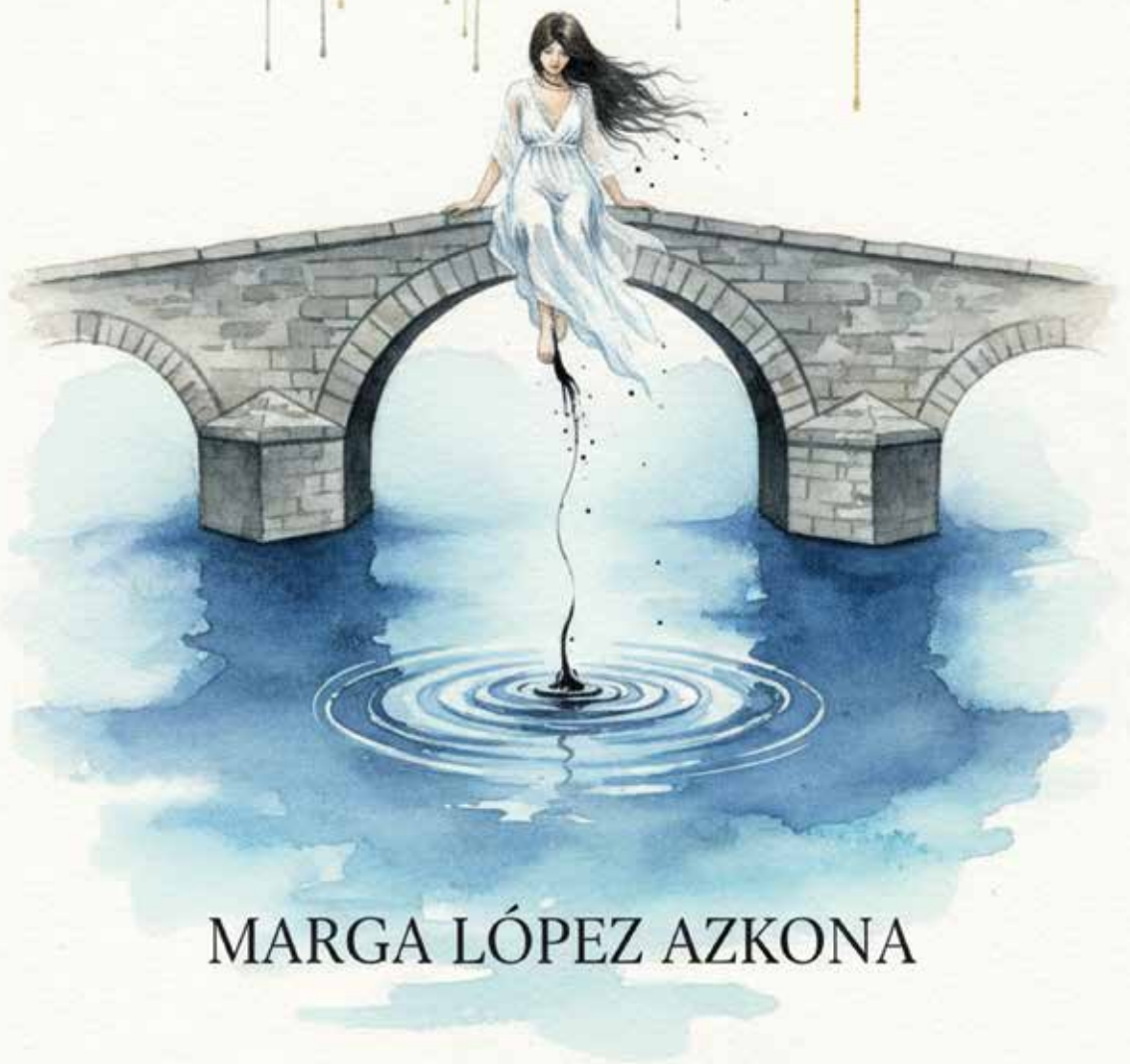
SALTO AL VACÍO



MARGA LÓPEZ AZKONA

Octaedro



Marga López Azkona

Psicóloga del Centro Clínico Azkona. Dirección de Marketing y Planificación Estratégica en la Escuela Europea de Estudios Universitarios y de Negocios. Máster universitario en Resolución de conflictos y Mediación por la Universidad Europea del Atlántico. Becada por la UIMP en Psicología, literatura y edición. Consultoría de procesos en Londres. Autora de los ensayos *Los Pies del Peregrino* (Editorial Carena) y *Resolución de Conflictos y Mediación. Acidalia* (Editorial Carena). Coordinadora y coautora de *Voces de amor y desamor* (Editorial Éride). Miembro de la Asociación de Escritores de Euskadi (AEE/EIE) y del Club de Escritores MAPEA.

SALTO AL VACÍO

Marga López Azkona

SALTO AL VACÍO

Octaedro

Título: *Salto al vacío*

Primera edición: agosto de 2026

© Marga López Azkona
© Ilustraciones: Jon Ander Delgado

© De esta edición:
Ediciones OCTAEDRO, S.L.
C/ Bailén, 5 - 08010 Barcelona
Tel.: 93 246 40 02
http: www.octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-1079-292-0
Depósito legal: B 16027-2026

Diseño y producción: Octaedro Editorial

Impresión: Ulzama

Impreso en España / *Printed in Spain*

Sumario

1. El faro. Despropósito de un sueño. *Ahmed* 9
2. Confidencias. *Mabel* 25
3. El maestro de ceremonias. *Leo* 45
4. En el cobertizo 65
5. El mundo de las paranoias o el país de las maravillas. *Marco* 73
6. Hachís, sexo y desamor. *Ruth* 111
7. Monólogos. *Diego* 123
8. Durante el diluvio 133
9. Asignatura pendiente. *Cristóbal* 141
10. Relaciones tóxicas. *Lucía* 163
11. Navegando sin rumbo. *Gabi* 177
12. Renacer, otra oportunidad. *Lourdes* 197
13. Una mirada hacia el interior. *Carlos* 221
14. Regreso a casa. *Ahmed* 239

Nota de la autora 243
Índice 249

1

El faro. Despropósito de un sueño

Ahmed

Sentía mucho frío, pero no quería levantarse. Permanecía con los ojos cerrados, deseando que anocheciera otra vez para que nadie le viera allí. Necesitaba adormecerse de nuevo para disfrutar de las ensoñaciones que le mantenían vivo en aquel estercolero. Al fondo, oía las campanadas que procedían de la torre de una iglesia cercana y, de forma instintiva, pensaba en la llamada que procedía de los minaretes de la tierra que le vio nacer. ¡Cuántas cosas habían ocurrido desde entonces y cuántos recuerdos afloraban llenando su espíritu de añoranza y desolación al mismo tiempo!

Se veía corriendo cerca del río junto a sus hermanos, disfrutando de la fiesta del cordero, recitando el Corán en la mezquita, alardeando de las buenas calificaciones obtenidas en el colegio —que le ayudarían a estudiar una gran carrera en el extranjero—, besando a su amada con la mirada al tiempo que ella cubría su rostro con el velo… Soñaba con la gloria que todo

joven espabilado procedente de buena familia tenía al alcance de la mano.

Escuchaba el rezo de los mayores pensando que desperdiciaban sus vidas con resignación después de haber vivido épocas conflictivas llenas de intereses y de luchas de poder que habían diezmado sus capacidades: dejaron por el camino sus ilusiones, se volvieron temerosos de Dios o demasiado reservados, y olvidaron el significado de los placeres y de las risas despreocupadas.

Creció en aquel ambiente lleno de contrastes en el seno de una familia acomodada, y descubrió el mundo a través de las vivencias de personas ricas y pobres que compartían sus historias en la barbería de uno de sus tíos. Deseaba tener una vida diferente a las suyas, salir de aquel entorno para conocer otros países y otras culturas. Necesitaba derribar muros para poder consagrarse como un personaje que todos envidiaran por su valentía. Así que convenció a sus padres para que le dejaran ir a estudiar a una renombrada universidad del país vecino en la que podría licenciarse en Derecho, incluso doctorarse, y después realizar un viaje por Europa antes de regresar a su país, donde todos reconocerían tanto su valía como su prestigio.

Una vez iniciados los trámites de solicitud para matricularse, todo sucedió tan deprisa que no tuvo tiempo de despedirse de casi nadie ni de pedirle a su novia que le esperara, aunque sabía que lo iba hacer. Se sentiría orgullosa de él a pesar de sufrir por su ausencia.

Ahmed observó su casa, el pueblo lleno de casitas blancas y el cielo radiante por última vez. Deseaba irse cuanto antes, sin pensar siquiera en los cambios que podrían producirse durante el tiempo que iba a estar fuera de aquel bello paraje.

La ciudad universitaria le embaucó desde el primer momento. Todo le parecía espectacular: desde la luz dorada en las piedras de las casas cuando el sol caía deslumbrante sobre ellas hasta las risas despreocupadas de los estudiantes, que cantaban alegremente en cualquier rincón siguiendo a la tuna. No se sintió desplazado en absoluto, sino muy afortunado de poder vivir aquella aventura lejos del control de su familia, tan estricta en ciertas cosas; no sabía si por la religión o por los tiempos oscuros que habían vivido pese a la opulencia de la que disfrutaban.

La magia del lugar se impregnaba en su piel y desbordaba sus sentidos, ávidos de vivir experiencias, sin recordar su propósito al trasladarse allí. Ni iba a la facultad ni estudiaba. Solo aparecía por la universidad para buscar a algún amigo que había ido a clase por casualidad o para recoger a alguna chica que le había gustado la noche anterior. Vivía en una residencia de estudiantes donde las fiestas eran descomunales. Siempre buscaban una excusa para celebrar cualquier cosa. Se aficionó a la bebida sin reparar en lo que dejaba de hacer e hipotecando sus estudios. Su familia no llegó a enterarse.

Pensaba que esa era la vida dorada que había soñado siempre, sin responsabilidades ni obligaciones. Tenía dinero que le enviaban mensualmente sus padres para que no le faltara de

nada, convencidos de que pagaban sus estudios y a los mejores profesores del mundo, que educaban a su hijo para que regresara a su pueblo natal lleno de conocimientos y de sabiduría.

No sentía ningún remordimiento cuando los engañaba, porque se convencía a sí mismo de que el año siguiente se lo tomaría más en serio y sacaría provecho del curso, pese a retrasarse en conseguir su diploma unos años. Creía que ese tiempo maravilloso para disfrutar de la vida era parte de su educación, dado que le colmaba de satisfacciones que eran inimaginables en el país del que procedía. Así que vivía cada segundo al máximo sin pensar en nada que no fuera su propia diversión.

Alternaba con los estudiantes de todos los cursos, tenía muchos amigos y disfrutaba saliendo con diferentes mujeres; olvidó a aquella que le esperaba con impaciencia. De fiesta en fiesta, bebía cada vez más, pero, como no se inició en las drogas, como otros compañeros, pensaba que actuaba correctamente y que lo tenía todo bajo control. ¡No tenía ni idea de lo que hacía ni tampoco le importaba mucho! Solo vivía el momento, sin pensar en nada más.

Los años iban transcurriendo y su situación empezó a ser cada vez más caótica. Le echaron de la universidad no solo por sus ausencias o los suspensos acumulados mientras repetía un curso tras otro, sino porque hubo un follón enorme en el que participó completamente borracho: ridiculizó a algunos profesores con imitaciones burlescas e irónicas que se le fueron de las manos. Tuvo que dejar la residencia e irse a

vivir a una pensión más modesta, pues cada vez gastaba más y hacía menos.

Por supuesto, no dijo nada de lo sucedido a su familia, y sus padres seguían creyendo que pronto se licenciaría. Tenían muchas ganas de que terminara los estudios para que volviera a casa, aunque sabían que soñaba con hacer un viaje por Europa antes de regresar. ¡Jamás hubieran imaginado lo que sucedía en realidad, desaprovechó la oportunidad que pocos tenían en su país!

Su mente regresó a la realidad que vivía y se vio tumbado en el basurero donde se hallaba, tapado con una manta vieja llena de agujeros que había encontrado días antes. Se sentía cansado y enfermo, quería que su existencia finalizara allí; rogaba a Dios que se apiadara de él y que le llevara a su lado lo antes posible. No recordaba cuánto tiempo había transcurrido en aquella situación: sin comer y oyendo correr a las ratas muy cerca de él. No tenía fuerzas ni para recoger los restos de basura que tiraba la gente, como había hecho él en tantas ocasiones. Había sobrevivido durante meses en esa deplorable situación sin saber qué podía hacer para continuar viviendo. Pero sus fuerzas se habían consumido, y presentía que su tiempo de vida llegaba a su fin en un lugar difícil de describir a causa de aquella situación tan esperpéntica en la que andaba sumido.

Su padre se asombró mucho cuando le pidió que le enviara su dote para realizar el soñado viaje por Europa. Él consideraba que ese dinero iba destinado a su boda y a establecerse

en su país una vez licenciado. Puso muchas pegas, pero Ahmed consiguió que entendiera que era un paso previo para tener cierta estabilidad profesional y familiar, así como para adquirir mayor conocimiento e incluso doctorarse en alguna buena universidad europea.

Cuando recibió el dinero, intentó recuperar lo que había perdido en los últimos meses y, de nuevo, lo perdió casi todo jugando y apostando. En su cabeza ni siquiera existía el pensamiento de estudiar en el extranjero, pero la idea había sido buena para seguir con su estilo de vida loco y despreocupado. No se acordaba de nadie, parecía que hubiera arrancado de golpe tanto sus raíces como su cultura.

Al ver que su racha de suerte no era muy buena, decidió marcharse a Londres y ver un poco de mundo antes de quedarse sin dinero. Creyó con firmeza que podría encontrar algo que mereciera la pena o incluso reaccionar y revisar su proyecto de vida. Deambuló por la ciudad buscando alguna señal que le ayudara a posicionarse, pero solo veía personas que corrían de un lado a otro con sus quehaceres, extranjeros que hablaban sus lenguas de origen entre ellos y se relacionaban poco con los ingleses, inmigrantes que trabajaban en todo tipo de trabajos mal pagados y estudiantes de otros países que disfrutaban de las novedades de una ciudad fría pero atractiva más que de sus clases de inglés.

Por casualidad, conoció a unos chicos que vivían en una casa abandonada. Le contaron que muchas personas se apropiaban de ese tipo de pisos vacíos, los ocupaban como si fue-

ran suyos sin tener que pagar un alquiler. La idea le pareció fabulosa y, sin saber cómo ni por qué, se vio compartiendo esa experiencia con ellos.

Comenzó a ir a los mercadillos en los que solían tocar la guitarra para sacar algo de dinero; ese estilo de vida un poco *hippie* le cautivó. Empezó a vender pulseras de cuero que hacía bastante bien: un anciano le había enseñado cuando era un crío. Puso un puesto cercano al espacio en el que tocaban sus amigos. De esa manera, recorrió muchos lugares pintorescos de la ciudad londinense sin dejar de beber, divirtiéndose con la experiencia, pero no se acostumbraba al frío del invierno y echaba en falta el clima cálido de su país; no obstante, sabía que no podía regresar sin haber terminado sus estudios. Su familia creía que estudiaba el doctorado; cuando los llamaba por teléfono, continuaba mintiéndoles al respecto.

Un buen día, su padre decidió que no le enviaría más dinero. Consideraba que era tiempo de recoger los frutos de lo que su hijo hacía, que parecía ser muy importante, dada la cantidad invertida que, desde su punto de vista, había sido desproporcionada.

Su fuente de financiación se interrumpió de golpe y se vio abocado a pedir limosna en el metro para poder sobrevivir sin tener que trabajar. Sin embargo, lo que sacaba lo utilizaba para seguir bebiendo sin comprar el cuero necesario para hacer las pulseras, que, más que un medio de subsistencia, había sido un entretenimiento siempre que acompañaba a sus amigos a los conciertos.

Su situación empeoró aún más cuando los echaron del piso que ocupaban desde hacía tiempo. Los compañeros decidieron ir a París a buscarse la vida, y Ahmed se quedó solo en aquel país que empezaba a ser inhóspito para él. Al principio se alojaba donde podía: locales vacíos o fábricas abandonadas.

Parecía haber envejecido de golpe. No sabía muy bien qué hacer para recuperar su vida. Una noche que estaba muy borracho no llegó ni al local en el que pasaba la noche; se quedó dormido encima de unos cartones en una boca de metro. Al amanecer, le despertó un policía que le dijo que no podía estar allí y que fuese a tomar algo caliente a un comedor social en esa zona. Había oído hablar de ese tipo de sitios a algún vagabundo, pero nunca se imaginó que tendría que ir a uno de ellos. Se levantó y dejó que el agente le guiara sin pensarlo mucho.

El centro parecía agradable y, sobre todo, era un lugar cálido y acogedor. Le dieron un buen desayuno y también ropa limpia con la que poder cambiarse después de una buena ducha. Le llamó la atención que no era un simple comedor, sino un albergue lleno de personas que pernoctaban allí, pero que hacían su vida en las calles de la ciudad. Creyó que podía recuperarse descansando un poco, pero enseguida comprendió que era un lugar de paso que acogía a personas necesitadas y se sentía muy descolocado viviendo esa experiencia. ¿Qué hacía él en aquel lugar?, se preguntaba desolado. De forma casual, uno de los trabajadores sociales que desempeñaba su labor allí empezó a hablar de una playa a la que le gustaba ir en verano para desconectar de la rutina diaria. Sumergido en

sus pensamientos, le escuchó y, casi sin darse cuenta, empezó a visualizar el lugar del que hablaba, incluso sentía la brisa marina del océano y el olor a salitre tan amado durante su infancia, cuando veraneaba con su familia en un bello pueblo costero. Era la señal que necesitaba para despertar de su somnolencia y aturdimiento, producto de una resaca ininterrumpida, tras borracheras prolongadas e interminables.

A pesar de su estado de debilidad, su mente se mantenía ágil y era capaz de repasar todos los aspectos de su vida mientras rezaba pidiendo a Dios que le llevara con él antes de que una de aquellas ratas que correteaban por los alrededores le mordiera. Había escuchado muchas veces que, justo antes de morir, repasas todas las etapas de tu vida con aciertos y errores; así que pensó que vivía ese momento en la postura estática que mantenía desde hacía muchas horas, helado de frío.

De nuevo, las campanadas de la iglesia le hicieron recordar un tiempo en el que la serena llamada a la oración del imán movilizaba a los fieles, quienes colocaban sus alfombras orientadas a la Meca, allí donde estuvieran. Siendo muy pequeño, imitaba a su padre y extendía una pequeña alfombra roja al lado de la suya. El recuerdo de esa imagen hizo que tuviera ganas de levantarse para poner la manta en el suelo y arrodillarse sobre ella a rezar, pero las fuerzas no le acompañaban. Solo pudo desearlo, pero la orden de su cerebro no llegaba a su maltratado cuerpo.

Cuando se sintió mejor, reaccionó y preguntó cómo podía llegar hasta aquella playa para enderezar su vida en un lugar

cálido que parecía tan especial. Los trabajadores sociales le miraron extrañados por su repentina curiosidad por aquel pueblo del sur de España, le dijeron que antes debía recuperarse un poco y que las decisiones precipitadas nunca eran buenas. También le pidieron que rellenara un formulario larguísimo, tenía que seguir el protocolo de la casa. Sin embargo, Ahmed no estaba preparado para ese tipo de requisitos ni para seguir normas durante su recuperación en ese centro, que parecía tranquilo y hospitalario. Necesitaba saber cómo podía llegar a aquel lugar sin tener dinero.

Un hombre fuerte que parecía de vuelta de muchas cosas, al conocer su interés, le propuso un trato para conseguir el dinero necesario para el viaje. Y, sin pensárselo más, se vio metido en otro lío, y consiguió lo que necesitaba para marcharse a ese lugar paradisiaco que intuía que le rescataría del frío que sentía en lo más profundo de su alma.

Cuando llegó a esa larga y extensa playa, de arena fina y dorada, deseó cambiar el rumbo de su vida por primera vez. Caminó por la orilla disfrutando del cosquilleo suave de aquellas olas serenas, que acompañaban la paz del lugar, mientras miraba el horizonte: quería vislumbrar el perfil del continente en el que había nacido y que parecía estar al alcance de su mano.

De pronto, vio un faro a pocos metros de donde se hallaba que le embrujó por completo, se sentó en la orilla cercana para poder contemplar la figura firme de esa fortaleza e imaginó el importante cometido del farero en tiempos de guerra

o de piratas contrabandistas de otras épocas. Su imaginación recorría veloz historias diferentes, todas llenas de aventuras, al tiempo que recogía piedras y conchas en la arena.

Cuando quiso darse cuenta, había acumulado un montón, y entonces pensó que podía pintarlas y venderlas, informar de las cualidades energéticas que tenían y volver a hacer las pulseras de cuero. Miró el cielo, el mar, y ese faro que quizá había iluminado a muchas personas que recorrían oscuros senderos; y, sin pensarlo más, tomó la decisión de dejar de beber.

De esa forma, comenzó una nueva etapa en la que se sintió mejor, aparentemente libre del problema que le había destruido. Comenzó a disfrutar de la luz del día y aprendió a admirar la belleza de cada rincón de los lugares que le rodeaban. Valoró lo que había hecho con su vida en los últimos años y deseó regresar a su tierra, pero sabía que no podía hacerlo sin haber conseguido los objetivos que su familia esperaba de él.

Adquirió una licencia para tener un puesto ambulante en un mercado de la zona en el que vendía pulseras, collares, figuras talladas en madera, cuarzos, piedras pintadas y pequeños lienzos con pinturas de bellas puestas de sol y extensas playas doradas. Al principio, dormía en lugares apartados y medio abandonados, pero pronto consiguió un cobertizo, donde instaló su vivienda y un pequeño almacén. Trabajaba sin descanso durante el día, y cada atardecer se sentaba cerca del faro y observaba el horizonte buscando su país con la mirada, como si eso le ayudara a estar más cerca.

Conoció a mucha gente que estaba de paso, veraneando o participando en algún evento deportivo, y también a lugareños que vivían a mitad de camino entre la sencillez de sus pueblos de origen y la oportunidad creada ante la invasión turística en cualquier época del año. Compartieron experiencias disfrutando del buen tiempo, y parecía que lo vivido con anterioridad había desaparecido de su memoria.

Le reconfortaba recordar la serenidad de esa etapa de su vida mientras el frío del amanecer en el cobertizo continuaba instalándose en sus huesos. Deseaba finalizar su existencia recordando algo que le proporcionase paz.

Las campanas repicaban con fuerza como si quisieran trasmitirle un poco de esperanza. Le pareció oír una dulce voz cerca de él, pero no conseguía abrir los ojos. Sus pensamientos discurrían con lentitud, sentía que se iba despegando de su cuerpo como si la vida comenzara a parecerle ajena, moviéndose en una frecuencia diferente. ¿Cómo pudo hundirse otra vez después de haber disfrutado de una nueva oportunidad? Ese pensamiento golpeaba su mente y le hacía regresar al sórdido lugar en el que vivía.

Más adelante, sin haber reflexionado sobre las posibles consecuencias, participó en una celebración repitiendo viejos patrones. Quizás pensó que por una vez no pasaba nada. Ni siquiera recordaba bien cómo se sumergió en aquel oscuro laberinto otra vez, pero el desorden volvió a instalarse en su vida y la tranquilidad que había adquirido desapareció, dejándole sumido en las redes de aquella tela de araña que le

envolvió de la misma forma que otras veces: apresando su realidad, dominándole e hipotecando sus nuevas ilusiones al mismo tiempo que los proyectos se desmoronaban con gran rapidez.

Pronto estuvo totalmente hundido. Dormía en la playa después de grandes borracheras y perdió la confianza de todos aquellos que habían formado parte de su vida en los últimos meses. Al mismo tiempo, dejó de observar el horizonte buscando el contacto con su hogar, las puestas de sol dejaron de interesarle y le quitaron el puesto del mercado porque las irresponsabilidades cometidas habían sido bastante graves. De ser un hombre respetado, pasó sin darse cuenta a ser un vagabundo, y perdió lo que había ganado con esfuerzo e ilusión sin que le importara lo más mínimo.

No podía recordar nada más desde aquel momento en la playa hasta la situación en la que se sentía absolutamente vencido, casi muerto en el vertedero, pero habían transcurrido bastantes años y, en ese instante tan dramático, sentía que la muerte le rondaba y le invitaba a seguirla. De pronto, se dio cuenta de que alguien a su lado le llamaba, escuchó de nuevo la dulce voz que antes había considerado una ensoñación. La última campanada procedente de la iglesia cercana le impulsó a abrir los ojos para comprobar si había alguien o si se lo estaba imaginando.

Un rostro angelical le preguntó si se encontraba bien y se interesó por la razón que le hacía estar allí. Miró esas facciones tan perfectas, un poco asombrado, dudando de si era

una mujer o un ángel. No sabía con certeza el lugar donde se hallaba, absorto en sus recuerdos al sentir que rozaba la infinitud cuando empezó a rezar.

No pudo articular palabra; se sentía muy débil. No sabía cómo había llegado hasta la casa de aquella buena mujer, que lo encontró moribundo en ese siniestro basurero. Pero recordó que había cuidado muchos días de él, dándole sopa caliente y ropa limpia. Después de un mes de estar postrado en una cama, empezó a hablar con torpeza, como si hubiera perdido la capacidad de comunicarse.

El cariño que le dio Mabel mientras lo cuidaba fue lo que le hizo reaccionar y agradeció la ayuda incondicional recibida; nadie le había echado una mano en esa última etapa tan mala. Además, esa mujer tan especial había buscado diferentes opciones para que pudiera vivir con dignidad y también con los cuidados que necesitaba.

Poco a poco, se fue recuperando y se sentía mejor, a pesar de verse envejecido y bastante torpe. Tuvo suerte y le admitieron en una residencia en la que ayudaban a personas con problemas. Ese lugar tenía cierta similitud con aquel otro al que le llevaron cuando estuvo en Inglaterra tiempo atrás; pero ahora se sentía verdaderamente agotado y tenía la necesidad de terminar sus días en un lugar apacible en el que pudiera vivir con dignidad.

Estuvo viviendo en ese albergue social varios años, luchando por recuperar sus capacidades mentales y físicas. Compartía una nueva etapa con otros compañeros que ha-

bían llegado al mismo lugar por motivos similares y aprendió muchísimas cosas que antes no quería siquiera escuchar. Tranquilo y en paz, creía que no necesitaba nada más. Solo le quedaba pendiente escribir a su familia para pedirle perdón por los errores cometidos, así como por no haber regresado a casa. Lo había deseado muchas veces, pero su orgullo se lo había impedido. Sobre todo, destacaba que sentía un profundo agradecimiento hacia la persona que le ayudó cuando peor estaba, no solo por cuidarle en su casa como si fuera parte de su familia, sino, sobre todo, porque no le importaron las condiciones deplorables en las que vivía en aquel oscuro vertedero de basura. ¡Nunca olvidaría lo que Mabel había hecho por él!

Mabel, maravillosa mujer que había dedicado gran parte de su vida al servicio de los demás, le vio por casualidad desde el coche un día gris que contemplaba aquel lugar lleno de basura; recordaba con cierta nostalgia la belleza de esa colina tiempo atrás, antes de que hubieran decidido utilizarla para amontonar desperdicios.



Índice

1. El faro. Despropósito de un sueño. *Ahmed* 9
2. Confidencias. *Mabel* 25
3. El maestro de ceremonias. *Leo* 45
   - Aproximación a un mundo desconocido 45
   - Radiografía de un estilo de vida 50
   - Tener o ser 60
4. En el cobertizo 65
5. El mundo de las paranoias o el país de las maravillas. *Marco* 73
   - Trayectoria en el mundo de las drogas 74
   - De fiesta o camino del abismo 80
   - Detalle de una paranoia 84
   - El tornado, un mes en un psiquiátrico 90
   - En la luna de Valencia 93
   - Después de las paranoias, el cambio 101
6. Hachís, sexo y desamor. *Ruth* 111
7. Monólogos. *Diego* 123
   - Saliendo del mutismo 127

8. Durante el diluvio 133
Los abuelos de Diego 134
Su padre 136
Una amiga de la familia 136

9. Asignatura pendiente. *Cristóbal* 141
Conversando con Cristóbal 152

10. Relaciones tóxicas. *Lucía* 163

11. Navegando sin rumbo. *Gabi* 177
A la deriva 177
Caída en picado 182
Una vida sin márgenes 186

12. Renacer, otra oportunidad. *Lourdes* 197
Carta a mi psicóloga, unos meses después 215
Años más tarde 216

13. Una mirada hacia el interior. *Carlos* 221
7 de enero 221
10 de febrero 222
5 de marzo 224
8 de marzo 226
21 de marzo 226
22 de abril 228
25 de mayo 231

14. Regreso a casa. *Ahmed* 239

Nota de la autora 243

Si desea más información o adquirir el libro diríjase a:

www.octaedro.com

SALTO AL VACÍO

Varias personas afectadas por diferentes problemáticas relacionadas con distintos tipos de dependencia están en un centro de recuperación. Una mañana, durante una salida terapéutica, el grupo se ve obligado a refugiarse en un cobertizo porque el tiempo ha empeorado en cuestión de minutos. El inesperado aguacero invade el valle con truenos ensordecedores y, en el transcurso de la tormenta, alrededor de una hoguera, todos ellos se desahogan a la vez que deshacen nudos y entresijos de las alocadas decisiones que han tomado en sus vidas sin omitir absolutamente nada, por duro que haya sido.

Mabel comenzó a trabajar en este centro para ampliar su experiencia como cuidadora. Tuvo un hermano, Gabi, que navegó sin rumbo durante gran parte de su vida, demasiado breve. Ella revive lo sucedido mientras interactúa con las personas a las que tiene que cuidar y que ahora rescatan sus recuerdos y desnudan su interior: Leo, *disc jockey* y consumidor de cocaína; Ahmed, a quien encontró medio muerto en un vertedero; Marco y sus paranoias, consecuencia del consumo de las drogas de síntesis; Ruth y sus conflictivas contradicciones por sus pasiones más bajas; Diego y sus monólogos; Cristóbal y sus devaneos con las mujeres; Lourdes y su vida caótica; y Carlos, que lucha con sus fantasmas y por ser cada día mejor persona.



Octaedro Editorial

ISBN 978-84-1079-292-0